

afabilidad y su afán de complacer sin servilismo, forman notable contraste con sus caras negras y su evidente pobreza. ¿Pero es posible ser pobre en un país tan hermoso y sin invierno?

Pocos días después tomaba yo posesión de mi nueva casa, y al dar la vuelta á ella, encontré detrás de las empalizadas de bambú que cierran mi jardín (en el Kampong Jiruk-Manis) la misma vegetación libre y poderosa que fuí á buscar al interior; porque aquí no hay medio entre la naturaleza y la civilización, y se encuentran en el centro de Batavia sitios agrestes y salvajes al lado de los parques ingleses.

V.

SURABAYA.

La rada.—El gran canal.—La ciudad europea.—Los cacatoes y los pájaros de las Molucas.—El barrio chino.—Los cocineros ambulantes.—El mercado cubierto (Bazar Glap).—El barrio javanés.—El cementerio javanés.

Desde Batavia, me fuí por mar á Surabaya, donde llegué después de una travesía de cuatro días, durante la cual admiré las costas que apenas perdíamos de vista y los numerosos buques destinados al cabotaje, árabes, malayos y chinos, que surcan en todos sentidos el mar de Java.

Al llegar á Batavia, me chocaron los flotadores de bambú unidos al casco de las embarcaciones malayas; ahora conozco su objeto, que es bastante singular. Estos apéndices sirven no solo para impedir que el buque zozobre, sino que á la vez permiten al patron recoger en la vela mucho mas viento del que sin ellos podría aprovechar. Cuando soplan vientos peligrosos, el patron manda á uno, dos ó tres hombres que se coloquen sobre el flotador del buque, que de este modo se sostiene con el peso de aquellos en posición conveniente. De aquí procede la espresión de los malayos: viento de uno, de dos ó de cinco hombres. Advertiremos además que la forma de los buques indígenas indica perfecto conocimiento del arte de la navegación, así como de las necesidades especiales de los parajes que deben recorrer.

La rada de Surabaya está situada en el estrecho de Madura, formado por la isla de este nombre y la costa de Java. El *Ambom*, buque de vapor que me ha traído, está anclado á un tiro de cañón de la costa de Madura, que es baja, aplanada, y está cubierta como la de Java de la vegetación propia de toda esta comarca; los ríos, rápidos, amarillos y fangosos están habitados por bandadas de tiburones, y cerca de las costas, de muchos caimanes. Desde la rada apenas se percibe la ciudad, y solo se conoce su sitio por algunas columnas de humo que suben perpendicularmente hácia el cielo.

Aquí como en Batavia, se vá desde la ciudad por

un gran canal, cuyas orillas, cubiertas de plantas de grandes hojas y de gracioso efecto, ocultan su construcción. En medio de la doble fila de barcos indígenas dedicados al cabotaje, circulan numerosas canoas, yoles, pasaos y otros buques.

A la izquierda se ve el fuerte del Diamante, que es una ciudadela de hermoso aspecto; también están á aquel lado los diques festoneados de preciosas casas javanesas ó chinas medio ocultas por los mástiles de los buques amarrados en el canal. Por último, en la orilla derecha aparece la ciudad europea: al principio solo se distinguen los depósitos y almacenes de arroz, café, tabaco y especias que el país produce con abundancia; luego un estenso muelle plantado de seculares tamarindos que dan sombra á los edificios de la Embajada, del Correo y de las principales casas del comercio de la ciudad, y también á los de la fonda de Schmitt, donde entro y donde me dan una habitación que da á la calle como una tienda.

Todo lo que pasa á mi vista es tan nuevo para mí que permanezco horas enteras delante de mi puerta sentado en un sillón de rótén contemplando aquella linterna mágica que ofrece figuras tan originales y tan variadas. Debajo de los árboles dormitan algunos grupos de mozos de cordel y aguadores; otros cargan y descargan los barcos, procedentes del interior y del exterior; los vendedores ambulantes me ofrecen, no objetos de Europa como en Batavia, sino otros mas raros de cuerno, de concha, de marfil, de cachalote, cigarros, telas del país, y lo que mas me admiró, magníficos pájaros de las Molucas y de las Célebes, tales como cacatoes blancos con moño encarnado, grandes papagayos morados y castaños, cotorras verdes y grises, abubillas blancas con cresta amarilla y loros encarnados con alas azules y verdes. En mi opinión, este último pájaro es el mas hermoso de la raza de los papagayos, pero para formarse idea exacta de la especie de sus movimientos y del brillo de sus plumas, hay que verle vivo en su país, porque Java es ya un clima demasiado frio para aquel hermoso animal.

Compré dos magníficos cacatoes blancos y una abubilla amarilla; pero ésta se escapó tan pronto como se vió libre del anillo de coco que la sujetaba. En cuanto á los cacatoes, instalados ya en mi habitación, me dieron una representación completa de sus habilidades, balanceándose, haciendo gorjeos, estimulándose mutuamente, herizando sus plumas, entreabriendo sus alas, desplegando sus hermosas crestas encarnadas, todo con las actitudes mas cómicas; por último, se colgaron por los pies en sus palos dando gritos, que si hubieran estado en París hubieran alborotado todo un barrio.

Por la calle vá y viene una multitud estraña formada de chinos, malayos, naturales de Madura, pero

en que domina el elemento javanés. El tipo del traje de estos últimos, es un sarhong de largos pliegues, un chaleco muy ceñido, y en la cabeza una especie de tragaluz cubierto de paño azul bordado de oro y de plata y forrado de encarnado. Las telas y los trajes son aquí, al revés que en Batavia, poco vistosas; dominan el azul oscuro, el encarnado oscuro y el negro. Los sacerdotes, que se distinguen por su amplio turbante y su chaleco de muselina blanca, son mucho mas numerosos que en Batavia.

Entre aquella multitud circulan palanquines sin cesar: los de los chinos se parecen bastante á las chozitas que suelen hacerse á los perros, con la diferencia de que las paredes son caladas, y las adornan pinturas doradas y verdes; los de los javaneses son mucho mas sencillos y se componen de una hamaca colgada á una traviesa de bambú y resguardada de los rayos del sol por un techo de estera, de palma ó de bambú. Por lo demás, los chinos y javaneses se dejan llevar dentro de ellos como nuestras abuelas en sus sillas de manos.

Por el río pasan y repasan largos buques de carga, cuya popa y cuya proa están graciosamente encorvadas, y que los marineros dirigen por medio de remos fijos á ellos. En la otra orilla, el kampong chino forma el fondo del cuadro.

Mi primera visita fue á la orilla europea; pero ¡qué descubrimiento! Surabaya es mas sano que Batavia, pero no es como ésta un estenso jardín, sino una plaza fuerte donde se tocan las casas. No hay frondosidades de color de esmeralda, ni espaciosos parques, ni sombrías alamedas, ni frescos arroyos, ni brillantes casas. Aquí las calles son estrechas y abrasadoras; solo una, la mas hermosa de la ciudad, está plantada de árboles. El arsenal, la iglesia, el palacio del embajador y el gran camino militar la *Concordia*, son los únicos edificios de Surabaya, porque no quiero hablar del teatro, que tiene lo mismo interior que exteriormente el aspecto de un granero.

Atravesemos el gran puente que se encuentra precisamente en frente de la embajada y lancémonos al país chino.

En primer lugar, encuentro de nuevo en aquellas mercantiles calles la estraordinaria animación de las poblaciones del estremo de Oriente; allí admiro á esos intrépidos cocineros ambulantes, siempre espuestos á los rayos del sol y á los de sus cocinas, y dispuestos siempre á servir á su clientela el *dang-dang* (1) seco á los rayos del uno y calentado por medio del otro.

Los vendedores chinos de Surabaya van especialmente provistos de objetos para uso de los indígenas, y llevan menos artículos de China que en Batavia; pero en cambio venden armas é indianas raras y pre-

(1) Carne de búfalo, cortada en pedazos, salada y seca al sol.

ciosas, y joyas cinceladas con esquisito gusto que en ninguna otra parte se encuentran; porque conviene advertir que los armeros y plateros indígenas solo trabajan cuando quieren, y con una lentitud que hace perder la paciencia, y además hay precisión de encargarles el trabajo con anticipación.

A la derecha del barrio de los comerciantes se hallan las casas de los chinos ricos, y paso desde las tiendas á los palacios. Aquí todo está tranquilo y silencioso: las habitaciones están rodeadas de galerías con columnas de madera barnizada y embellecidas con las animadas tintas de los chinos. Por todas partes se ven en grandes vasos de porcelana resplandeciente á la luz del sol, admirables flores, ó por mejor decir, árboles enanos tales como palmeras, bambúes y naranjos, que son el arte supremo del horticultor. Las paredes y las galerías superiores son espléndidas bordadas de madera y piedra, en que la escultura pintada y los estucos mas perfectos se unen con los maravillosos colores de la paleta china. De cuando en cuando vienen á animar aquella deliciosa arquitectura y á completar el cuadro hermosos niños con la cabeza rapada, la coleta naciente y vestidos de arriba abajo de seda y oro.

Antes de pasar desde el kampong chino al javanés, voy á visitar el gran mercado cubierto, llamado así para distinguirlo de los mercados al aire libre, que se encuentran en todas las ciudades de la India.

Aquel edificio se compone de tres largas galerías paralelas formadas por enormes pilares que sostienen un techo que baja por los lados hasta la altura de un hombre; en el interior y en almacenes de diversas magnitudes, separados por tabiques de bambú, están colocadas las mercancías, unas en el suelo, y otras en el *bali-bali*. En aquel estenso mercado están revueltos todos los productos del país; las legumbres se venden al lado de las telas, las armas cerca de los útiles de cocina. Aquí divide un cortador la carne de un búfalo que acaba de matar, y al lado se halla un vendedor de pescado que parte un tiburón ó vende *ican-cué*, que es el mejor y mas fino de los pescados del mar de Java.

Los olores mas repugnantes se hallan mezclados con los mas esquisitos perfumes, el jazmin y el pescado, el clavel, el benjui y el asqueroso hedór que exhala el fruto del durio, el acre olor de las mechas formadas de las fibras de coco que arden constantemente para encender los cigarros, todo esto viene á herir sucesivamente mi olfato; pero es estraño que lo que en Batavia casi me asfixiaba, no me produce ya mas que una sensación superficial, y preveo que me acostumbraría á ella así como á la ardiente atmósfera del país, cuya impresión me agrada algunas veces.

El barrio javanés forma también una ciudad, pero

es una ciudad de bambú y de hojas de nipa, donde no se encuentran mas que tres ó cuatro edificios, á saber: la mezquita javanesa con sus puertas, su recinto sagrado y la tumba de los Radhen y el gran cementerio javanés rodeado de paredes cortadas por puertas monumentales.

Este cementerio constituye una de las diferencias esenciales entre las naciones malaia y javanesa. Los malayos entierran los muertos en cualquier parte, lo mismo á la puerta de su cabaña que en medio del campo, al paso que los javaneses, que son los antiguos dueños del país, y están organizados en sociedad, reunen los cadáveres en un recinto destinado á este objeto, y en el cual hay departamentos especiales para las diferentes clases, que recuerdan despues de la muerte la vanidad de las distinciones sociales.

En este cementerio ví por primera vez al príncipe indígena de Surabaya, que iba á orar sobre la tumba de sus padres. Su traje, que era de extraordinaria sencillez, no se distinguía del que ordinariamente llevan los javaneses, sino por un nudo de diamantes sujeto al pequeño turbante que le oprimía la cabeza, y por el hermoso broche de plata que sostenía el cinturón de su sahrong.

El sol se ponía detrás de la puerta interior por la cual pasaba el príncipe, y ésta se destacaba como una hermosa masa gris sobre el cielo incandescente de color de rosa y oro. El esquisito perfume de la flor del cambodia que los indios plantan al lado de sus tumbas llenaba el aire límpido de la tarde; la figura reflexiva del príncipe, la recogida actitud del sacerdote que le seguía y la profunda calma del cementerio, formaban un imponente espectáculo que ha quedado profundamente grabado en mi memoria.

Acompañé un rato al *radhen*, á quien esperaba fuera su comitiva, y presencié por primera vez el respeto que inspira á los indígenas. Cuando pasó se postraban los hombres, las mujeres y los niños, poniendo la frente en el suelo, y no se levantaban hasta que el príncipe estaba lejos. Aquellas demostraciones públicas hacía un hombre, me oprimieron el corazón, pensando que aquel hombre consentía en la esclavitud de su país viviendo en el lujo y en la abundancia que el oro europeo pagaba.

En el kampong javanés de Surabaya se fabrican objetos de cobre, tales como cajas para betel, tazas grandes y pequeñas, y esos vasos para agua que tanto estiman los indígenas de los otros puntos de la isla.

Los adornos de estos objetos son de bello y extraño gusto completamente nacional, y consisten en elegantes arabescos é ingenuas y originales representaciones de los animales, frutas y flores del país. Todo está grabado en cobre por medio del martillo y de

punzones de acero que tienen en relieve cada uno de los adornos: este trabajo se llama en javanés por onomatopeya *tototoc*.

Allí se encuentran también plateros y armeros indígenas. Cuando se ven los maravillosos objetos que salen de sus manos causa admiración la sencillez de las herramientas y talleres de aquellas gentes, porque todos los instrumentos de los plateros se reducen á una plancha de plomo, un martillo, algunos punzones y un primitivo crisol, y los de los armeros á un disforme yunque y una fragua. Nunca tienen ayudantes ni trabajadores, y lo mismo las armas que las joyas son inventadas y ejecutadas por el mismo individuo. Así, pues, es necesario hablarles con anticipación para conseguir una muestra de su habilidad, de modo que no he podido traer á Europa mas que algunas joyas compradas de lance, porque no me han fabricado ninguna de las que les encargué.

Si bien las armas tienen labores menos delicadas y menudas que las de Persia y Siria, las obras de plata son muchísimo mas finas que las orientales que conocemos. Las joyas de valor presentan líneas y cincelados de un gusto, de un dibujo y de una ejecución admirables, y las mas ordinarias no son menos notables.

Visité también uno de los mayores talleres donde se fabrican los sahrong tan apreciados de los indígenas, y ví en una estensa sala donde estaban apiñadas mas de cien mujeres, la manera de dibujar y teñir algunas de aquellas hermosas telas.

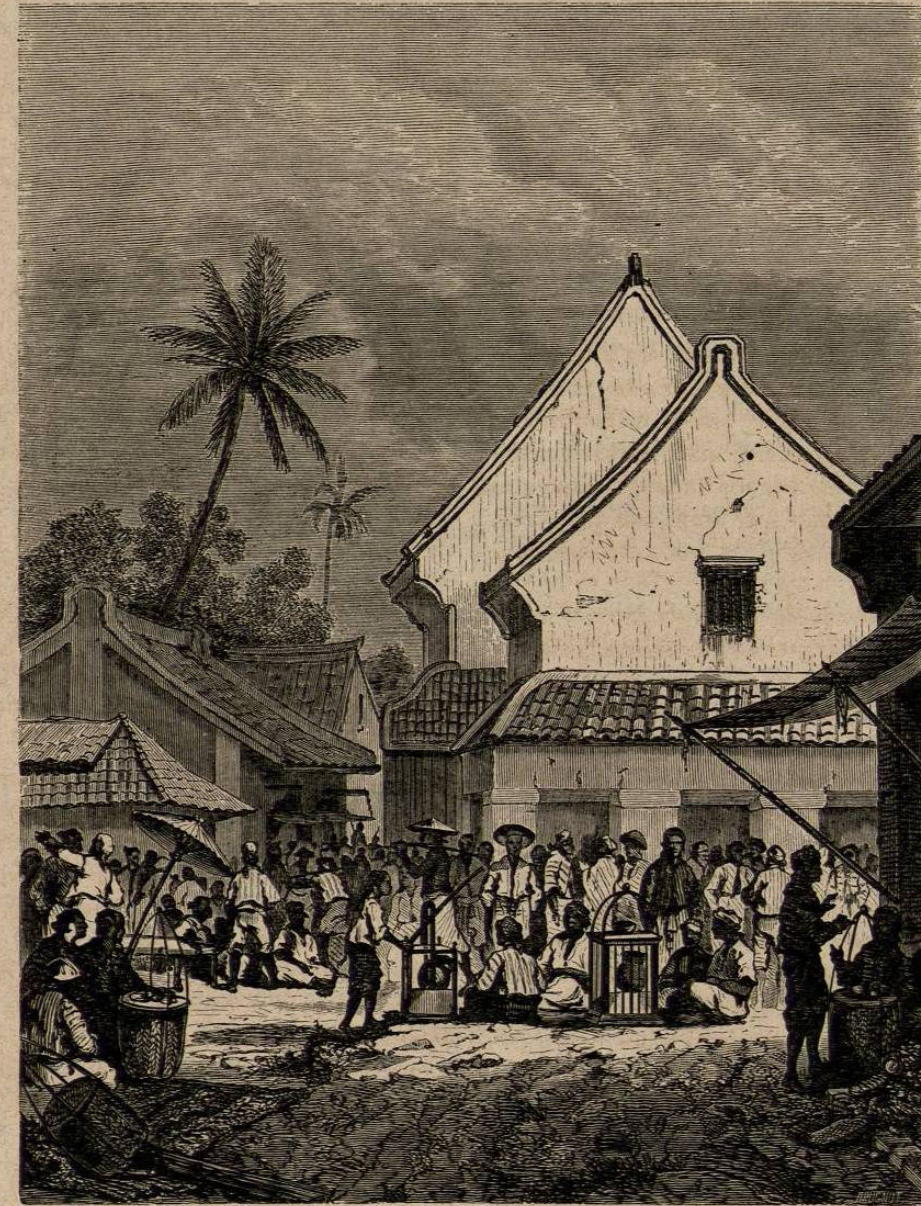
Estas se dibujan por medio de papeles picados y polvo de carbon, y queda preparada la tela para el tinte. Al efecto se cubre con una capa de cera derretida al calor toda la parte del dibujo que no ha de teñirse con el primer color, y cuando la cera se ha solidificado, sumergiéndola en agua fría, se introduce la tela en un baño que la tiñe toda, escepto en la parte cubierta de cera, la cual se funde y se despegua en otro baño de agua caliente. Entonces se cubren otra vez de cera las partes teñidas y las que deben quedar preservadas del segundo color, y de este modo, despues de muchas semanas de trabajo penoso por el calor de las estufas destinadas á calentar la cera, se obtienen por último esas maravillosas indianas, cuyos colores son tan brillantes, tan armoniosos y tan ricos como los de los mas preciosos cachemires.

De este modo me di cuenta del elevado precio de aquellas telas tan lenta y tan difícilmente fabricadas. Un buen sahrong, bien dibujado, sin manchas, sin *lunares* (producidos por las gotas de cera que caen por descuido fuera del dibujo), vale 400 reales, y sin embargo, no tiene mas que 3 varas de largo por 5 cuartas de ancho.

Como no soy químico, no pude entender qué clase de productos empleaban para dar y fijar los colores en

aquellas telas (1); pero lo que puedo asegurar por haberlo experimentado yo mismo, es que nunca se destiñen, aunque se laven con fuerza y frecuentemente: la indiana se gasta y se rompe, pero cuanto mas vieja está, mas ricos y mas vivos son sus colores.

El mas interesante de los productos naturales del país, así por los numerosos objetos para que sirve, como por la inteligencia industrial que da ocasión de desplegar á los indígenas, es seguramente la madera del bambú.



Cocineras ambulantes en Surabaya.

No solo sirve como madera para la construcción de casas, sino que se emplea en tabiques exteriores. Para este último uso se eligen troncos que han llegado á su

(1) La obra titulada: *Descripcion de Java*, por Raffles y Crawford, traducida del inglés por Marchal. Bruselas 1824; podrá ser consultada útilmente respecto de este asunto. De ella he extractado los detalles siguientes acerca de la composición de algunos de los colores de los tintes indianos.

El azul se obtiene por medio del jugo del areng (*borassus*)

casas, sino que se emplea en tabiques exteriores. Para este último uso se eligen troncos que han llegado á su gomutus); el negro por medio de la corteza exótica de ting'i y de la de mangostan (*garcinia mangostana*); se fabrica también por medio de otras infusiones, y en particular de la de paja de arroz; el verde es una mezcla de azul claro y un cocimiento

mayor desarrollo, se les abre por un lado y se desarrolla el cilindro estendiéndole en el suelo y sujetándole con grandes piedras; luego se moja muchas veces y se deja secar, y cuando ha tomado la forma de tablon, se hacen con él los tabiques, colocándole entre otros hambúes mas pequeños, en los cuales se hacen agujeros, donde se introducen dobles listones trasversales.

Estos tabiques son muy ligeros, muy sólidos, y poco costosos (1), y no solo resisten á los terribles vientos y á los temblores de tierra, que son muy frecuentes en la India, sino que constituyen la mejor barrera contra los ataques de los tigres. Estos animales tienen horror al bambú, cuya corteza barnizada embota sus dientes y sus garras, y para encerrarlos la mejor jaula es una caja de bambú.

Tambien se hacen con el bambú cerraduras de puertas y ventanas, y el mas sólido y sencillo de los cerrojos.

Se construyen asimismo con esta madera vasos para cocer el arroz por medio del vapor, sillas, instrumentos de música, etc.

En una palabra, si otros árboles mas extraordinarios, tales como la palmera gomuto (*borassus gomutus*), de donde se extrae vino y azúcar, el árbol del pan, el árbol del viajero, el rarak y el árbol del jabon (*sapindus saponaria*), cuyos frutos contienen todos los principios del mejor jabon; sorprenden mas al europeo poco acostumbrado á semejantes agasajos de parte de la naturaleza, el bambú puede y debe sin embargo ser considerado como el vegetal mas extraordinario de aquel pais y mas útil á sus habitantes.

En uno de mis paseos por Surabaya encontré una boda javanesa. Ambos esposos pertenecian á familias igualmente ricas y ya habian dado los dos paseos que preceden á la gran procesion que yo presencié. Iban en un precioso palanquin cubierto con un dosel adornado de hojas de palmera y de enrejados de bambú y de róten dispuestos con mucho gusto. Sus vestidos de seda encarnada bordados de oro, las joyas que cubrian su cabeza, cuello, brazos y manos, les daban ese aspecto de opulencia que se encuentra casi siempre en los jóvenes javaneses, aunque todas aquellas galas hayan sido alquiladas para la ceremonia. Una multitud de muchachos gritando, saltando, palmo-

de tetrango (madera exótica), á la cual se añade vitriolo; el amarillo está compuesto de tetrango y de corteza mangka (*artocarpus inegrifolia*); por último, el escarlata se obtiene de la raíz del uong-kudu (*morinda umbellata*); pero antes de sumergir la tela en una infusion de esta planta reforzada con corteza de girate, se cuece previamente en aceite de Kamiri, y se lava en un cocimiento de paja de pária. — Debemos advertir una cosa, y es que ciertos tintes para las telas están reservados exclusivamente para los soberanos.

(1) Una casita regular costará 4 rup'as, 40 rs. próximamente.

teando ó llenando el aire con los estridentes sonidos del gongo, del tam-tam y de los timbales, corrian delante del palanquin, y cuatro hombres vestidos de ceremonia con chaleco y calzones amarillos, cinturón azul y blanco, con las caderas adornadas de grandes puntas de seda amarilla y azul, y la cabeza cubierta con un turbante de los mismos colores, llevaban en el extremo de una larga vara de bambú unos ramilletes brillantes y flexibles, hechos de hojas de róten y de penachos de papel azul, amarillo y blanco. Detrás del palanquin iban los parientes, los amigos y todos los que querian acompañar á los esposos y participar de la comida que se ofrecia generosamente á todos los estómagos hambrientos, despues de la cual los esposos toman posesion definitivamente de su domicilio.

Aquella solemne procesion vá siempre precedida de diferentes ceremonias que consideramos conveniente referir por el interés que ofrecen. En primer lugar se verifican los esponsales, cambiándose diferentes regalos de telas, de joyas, y sobre todo nuez de areca (*pinang*, y de aquí se deriva *mapienang*, casarse); despues viene el *lamaran*, que es el tiempo en que la familia y amigos del novio visitan á la futura esposa; luego el pago del precio de la desposada por medio de telas, frutas, alhajas, etc., y por último, los votos pronunciados por el novio segun el rito musulman.

Al contemplar aquella procesion de que acabo de hablar, me chocó sobre todo una cosa, á saber: el aspecto de disgusto y de cansancio de los dos esposos; pero mi sorpresa cesó cuando supe que la fiesta duraba ya algunos dias, que los novios habian sido espuestos separadamente durante este tiempo en casa de sus respectivos padres, y despues reunidos en casa de los padres del futuro marido, siempre con acompañamiento del mas horrible alboroto, y que durante aquellas esposiciones los dos cónyuges estaban condenados á una inmovilidad y á una dieta casi completa, por miedo de que manchasen ó estropeasen sus hermosos vestidos de alquiler con algun exceso de traspiracion. Es una costumbre singular sin duda alguna aquella manifestacion de un lujo de mala ley, pero es menos ridícula, si reflexionamos seriamente, que esos carros fúnebres llenos de penachos y esos cocheros con vestidos galoneados que asisten á nuestras pompas funerales.

Debemos añadir que aquellas bulliciosas procesiones, aquellas esposiciones públicas, aquellas bodas de Camacho en que toman parte todos los que pasan por la calle, tienen un objeto útil y razonable, porque sustituyen á nuestros anuncios en los periódicos, á nuestras amonestaciones, y sirven para dar la publicidad necesaria á todo matrimonio legítimo.

En las comidas de boda es donde los javaneses desplegan todos los recursos de su cocina singular.

Las frutas que se sirven al principio de la comida van seguidas del karia que nosotros usamos para la salsa exclusivamente, pero que constituyen en Java un festin completo.

El arroz, cocido al vapor, está siempre duro, y es el plato fuerte, la parte sustancial y nutritiva de la comida, y si se le rocía con salsa de karia, es solo para darle el grado de humedad conveniente y para que adquiera un gusto pronunciado de pimienta, que se emplea tambien con objeto de que desaparezca ó á lo menos disimule su insípido sabor.

Pero para el indio el regalo seria insignificante si no se añadiese al arroz y al karia los condimentos destinados á acompañar al arroz y á la salsa y á darle sabor.

Estos condimentos se llaman *s'imbals-s'imbals*, y se componen de dang-dang, de pescados salados y secados vivos al sol, de huevos empollados y salados y de picadillo de carne perfumado con rosas, con jazmin y con nietanto: los demás condimentos son de naturaleza vegetal tales como semillas de diferentes plantas y trozos de coco rebozados con pimienta. Todos se emplean en pequeña cantidad y se sirven en platos con divisiones de donde cada uno elige lo que mas le gustan.

La primera vez que estos estraños sabores impresionan el paladar de un europeo producen un verdadero dolor, una espaciosa sensacion de quemadura que pasa de la boca al estómago y vá aumentando sucesivamente. El agua que se bebe no sirve mas que para activar y esparcir por todo el cuerpo aquel horrible ardor, y parece que se han tragado carbones encendidos, de modo que suele pedirse un espejo para asegurarse de que todavía existe la piel en los labios y en la lengua. Sin embargo, en aquella singular impresion se calma poco á poco, y si se tiene valor para repetir la prueba, los órganos se acostumbran pronto á aquella multitud de especias hasta el punto de que los guisados javaneses, que por otra parte son muy á propósito para escitar el apetito, acaban por ser indispensables.

No tardé en adoptar el sistema de alimentacion de los indios en todo aquello que era compatible con mis ideas, porque si nunca he podido comer horugas y termitas, he vivido con arroz y karia unido con *simbals-simbals*.

VI.

SURABAYA.

Los presidiarios.—Visita del gobernador general á Surabaya.—La fiesta ecuestre.—Los principes javaneses.—Los caballos. Los urangutanes.—El cacatoe agradecido.—El amok.—Los asesinos de niñas.—La ejecucion.—El Kabli-Mas.

Pero olvidemos las fiestas y los festines. Acabo de ver un horrible espectáculo que consiste en una reu-

nion de hombres tristes y macilentos, uniformemente vestidos con pobres chaquetas de azul oscuro, cortos sahrong y calzones de la misma tela. Aquellos desgraciados, algunos de los cuales llevan al cuello y en los pies gruesos anillos de hierro; son presidiarios indígenas que se encuentran constantemente reunidos en grupos en la ciudad y en sus alrededores. Trabajan en las obras públicas: ya barren las calles, ya llevan en sus flacos hombros cargas demasiado pesadas para ellos; otras veces se les ve arrastrar pesadas carretas de ruedas macizas, cargadas de tierra, piedras é inmundicia, y gracias si sus inmensos sombreros ó los vestidos con que se cubren la cabeza pueden preservarlos de los rayos perpendiculares del sol del Mediodía, bajo el cual parece que se les hace trabajar con preferencia. Un capataz indígena acompaña á cada grupo estimulando su actividad á palos y exigiendo que sus subordinados estén cantando constantemente para evitar las conspiraciones que podrian tramarse contra él si les permitiera hablar.

No hay nada mas desgarrador que el canto de los presidiarios javaneses; ha quedado grabado en mi memoria, y nunca he podido tararearle sin que se me oprimiese el pecho.

Durante mi permanencia en Surabaya hizo monsieur Pahu, gobernador general de Java nombrado por el rey de Holanda, su visita de inspeccion quinquenal como todos los gobernadores generales antes de volver á Holanda y despues de cinco años de residencia en el pais. Para la recepcion de aquel alto personaje se dispuso una gran fiesta; la ciudad estaba adornada con arcos de triunfo, en los cuales el bambú, el róten y las palmeras de los cocoteros hacian el primer papel: por todas partes se elevaban esos graciosos y ligeros monumentos debidos exclusivamente al talento de los indígenas.

El dia de la llegada de su excelencia, ví desde las primeras horas de la mañana, que se iban apostando en el camino que debia seguir la comitiva, hombres armados de lanzas y vestidos uniformemente. En los diques se hallaba la multitud indígena, y por medio de la carretera circulaban los europeos en coche, á pie ó á caballo.

Sobre las nueve anunció el cañon de los fuertes el desembarco del gobernador, y media hora despues vemos pasar delante de nosotros un torbellino sin nombre, una multitud que pasaba á escape y en que los coches y la escolta van en tal desórden, que es imposible distinguir nada: aquello es la comitiva del gobernador. De cuando en cuando se forma una aglomeracion de hombres y caballos en aquella barahunda: esto consiste en que ha caido un ginete ó un caballo, y todos los que siguen se detienen y se aglomeran detrás de él; pero el animal se levanta de nuevo, el hombre vuelve á montar rápidamente, todos salen